

# LUGARES Y POLÍTICAS DE LA MEMORIA: NOTAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS A PARTIR DE LA EXPERIENCIA ARGENTINA

Places and politics of memory: theoretical and methodological notes from  
the argentine experience

LUCIANA MESSINA

IGEO-CONICET/UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (ARGENTINA)

lucianamessina@gmail.com <http://orcid.org/0000-0002-2350-7774>

RECIBIDO: 3 DE MAYO DE 2018

ACEPTADO: 21 DE ENERO DE 2019

**RESUMEN:** El presente artículo reflexiona sobre algunos aspectos sustantivos que hacen al abordaje de la relación entre memorias, políticas y lugares en el campo de los estudios sobre memoria social. El objetivo que lo orienta es avanzar en la construcción de un marco teórico-conceptual para el análisis de las distintas estrategias de espacialización de la memoria social relativa a actores y acontecimientos de pasados de violencia estatal y represión política, con foco en el caso argentino. Para ello, se ha revisado críticamente bibliografía de diferente índole que haya trabajado sobre la temática a fin de distinguir los conceptos y las dimensiones analíticas que resultan relevantes en la construcción de objetos de investigación (material, simbólica, pedagógica, política, pública). Asimismo, el escrito recupera y analiza las tensiones, los debates y las controversias que emergen en la hechura de los espacios de memoria y propone vías de entrada para su análisis.

**PALABRAS CLAVE:** Lugares de Memoria, Políticas de la memoria, Espacio Público, Historia Reciente, Estudios sobre Memoria Social.

**ABSTRACT:** The aim of this paper is to study some substantive aspects into the relationship between memories, politics and places in the field of memory studies. The proposal that guides it is to advance in the construction of a theoretical and conceptual framework for the analysis of different strategies of spacialization of social memory related to actors and events of pasts of state violence and political repression, with focus on the argentine case. To this end, a bibliography of a different nature that has worked on the subject has been critically reviewed in order to distinguish the concepts and analytical dimensions that are relevant in the construction of research objects (material, symbolic, pedagogical, political, and public). Likewise, the article recovers and analyzes the tensions, debates and controversies that emerge in the making of memory spaces and proposes ways of entry for its analysis.

**KEYWORDS:** Memory Places, Politics of Memory, Public Space, Recent History, Memory Studies.

Messina, Luciana.

“Lugares y políticas de la memoria. Notas teórico-metodológicas a partir de la experiencia argentina”.

*Kamchatka. Revista de análisis cultural* 13 (Junio 2019): 59-77.

DOI: 10.7203/KAM.13.12418 ISSN: 2340-1869

TOPOGRAFÍAS DE LA MEMORIA: DE USOS Y COSTUMBRE EN LOS ESPACIOS DE VIOLENCIA EN EL NUEVO MILENIO

## MEMORIAS Y LUGARES: CONCEPTOS Y DIMENSIONES ANALÍTICAS

En el presente artículo me propongo reflexionar sobre algunos aspectos sustantivos que hacen al abordaje de la relación entre memorias, políticas y lugares en el campo de los estudios sobre memoria social. El objetivo que lo orienta es avanzar en la construcción de un marco teórico-conceptual para el análisis de las distintas estrategias de espacialización de las memorias en torno a hechos y procesos históricos atravesados por la represión política y la violencia estatal.

El espacio resulta un componente clave en los procesos de memorialización: sea como marco social, anclaje material, receptáculo, soporte y/o vehículo, constituye un elemento activo en la significación y representación del pasado y la configuración de memorias. Cuando caminamos las calles de nuestras ciudades nos encontramos con una diversidad de materialidades que nos hablan de acontecimientos y actores de otros tiempos: marcas, inscripciones, sitios, objetos y/o edificios destinados a conmemorar pasados más lejanos o más próximos. A la clásica construcción de monumentos y museos, se sumó en las últimas décadas una diversidad de nuevos modos de traer la historia reciente<sup>1</sup> al presente urbano, tales como la señalización y recuperación de centros de represión, tortura y exterminio o la marcación del espacio público a través de baldosas, murales, carteles, siluetas, nombres de calles y plazas, grafitis, estencil, entre otras.

Una revisión crítica de la bibliografía académica especializada y de otros materiales producidos tanto por agencias estatales como por asociaciones de la sociedad civil<sup>2</sup> permite delinear una suerte de tipología de los modos de inscripción de la memoria en el espacio urbano que tiene más por fin reconocer, estructurar y visibilizar las tensiones que le son constitutivas que producir un ordenamiento de la diversidad de las experiencias.

Una primera gran diferenciación se establece entre los llamados sitios auténticos en los sucedieron los crímenes rememorados (antiguas cárceles, centros clandestinos de detención, campos de concentración, entre otros) y los que han sido específicamente construidos con fines conmemorativos. El criterio de distinción recae en cómo se entretujan acontecimiento histórico y lugar de emplazamiento. Toma protagonismo aquí la dimensión material representada por los vestigios, las ruinas y los restos como dadores de una autenticidad que, como sabemos, es

---

<sup>1</sup> Con historia reciente aludimos a “un pasado abierto, de algún modo inconcluso, cuyos efectos en los procesos individuales y colectivos se extienden hacia nosotros y se nos vuelven presentes. De un pasado que irrumpe imponiendo preguntas, grietas, duelos. De un pasado que, de un modo peculiar y característico, entretuje las tramas de lo público con lo más íntimo, lo más privado y lo más propio de la experiencia” (Franco y Levín, 2007: 31).

<sup>2</sup> Fundamentalmente de los siguientes materiales bibliográficos: Da Silva Catela (2001; 2014), Jelin y Langland (2003), Allier (2008), Feld (2008; 2011; 2017), Schindel (2009), Escolar y Palacios (2009), Memoria Abierta (2009), Red Federal de Sitios de Memoria (2009; 2011), Birlé et al. (2010), Coordinación de Sitios de Memoria (2010), Fleury y Walter (2011), Ferrandiz (2009; 2011), Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi (2011), Huffschmid y Durán (2012), Hevia y Piper (2012), Huffschmid (2013), Hite (2013), López (2013), Guglielmucci (2013), Besse y Varela (2013), Vinyes (2014), Robin (2014), Schindel y Colombo (2014), Piper (2014), Escolar y Fabri (2014), Vecchioli (2014), Aguilera (2014; 2015), Sepúlveda et al. (2015) y Kuri Pineda (2017).

siempre del orden del efecto<sup>3</sup>. En segundo lugar, podemos reconocer los llamados sitios emblemáticos del pasado reciente. Aquí toma relevancia su lugar simbólico a nivel social, es decir, su capacidad para condensar y canalizar sentidos cristalizados que están –o, más bien, parecen estar– más allá de toda polémica y su eficacia para consolidar la ilusión de un “para todos”<sup>4</sup>. En tercer lugar, podemos diferenciar entre marcas descentralizadas que irrumpen en la vía pública y nos traen fragmentos de historias particulares (sean individuales o grupales), tales como placas y las baldosas, y los sitios que aspiran centralizar un relato integral sobre el pasado e implican la decisión de ir a visitarlos, conocerlos, transitarlos, tales como museos y espacios de memoria. Las primeras constituyen ejemplos de cómo las memorias íntimas encuentran un modo de realización en el ámbito público, constituyendo una marca singular del encuentro entre lo particular de las trayectorias y lo universal conmemorado<sup>5</sup>. Asimismo, entre unas y otros pueden reconocerse modos diversos de interpelación al destinatario (transeúnte/visitante). En cuarto lugar, podemos diferenciar entre emprendimientos instituidos e instituyentes según su relación con lo estatal y con la memoria institucionalizada (Escolar, 2010). Toma relevancia aquí la dimensión política de dichos emprendimientos, tanto en lo que hace a los actores sociales que los impulsan e intervienen en su gestión (Estado local y/o nacional, asociaciones de víctimas, militantes de derechos humanos, agrupaciones vecinales, organizaciones sociales, partidos políticos, sindicatos, etc.) como a su grado de vinculación con programas o áreas específicas de las agencias estatales. Finalmente, si tenemos en cuenta el tipo de soporte, podemos diferenciar entre marcas localizadas o fijas con pretensiones de permanencia o durabilidad y otras de carácter efímero o, incluso, itinerante, tal como las performance, marchas y recorridos en los que los propios cuerpos en movimiento constituyen el anclaje material de la memoria (Mombello, 2003; Huffschmid, 2013)<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> Esta tensión entre lo auténtico y lo artificial, consustancial a la relación entre memoria y materialidad, se expresa asimismo en algunos testimonios de sobrevivientes: “Este no es el lugar” le respondió una sobreviviente de Villa Grimaldi a Diana Taylor cuando la investigadora le preguntó qué había sentido al volver al lugar de su detención (Taylor, 2015). Para un análisis de la relación entre memoria y materialidad en los ex centros clandestinos de detención recuperados en la ciudad de Buenos Aires ver D’Ottavio (2016): con foco en las prácticas y saberes de la arqueología y la conservación, la autora desarrolla una interesante problematización de los modos en que testimonio y materialidad se tensionan, afectan y refuerzan en sentido bidireccional.

<sup>4</sup> La ex ESMA es en la experiencia argentina un caso paradigmático: su imagen ha devenido símbolo de la represión política y la violencia estatal y “opera como metonimia para hablar del sistema de cautiverio clandestino, tortura y desaparición” (Feld, 2008: 83).

<sup>5</sup> *Baldosas por la Memoria* es una iniciativa impulsada y sostenida fundamentalmente por comisiones de vecinos de distintos barrios de la ciudad de Buenos Aires que consiste en el reemplazo de baldosas corrientes por otras especialmente confeccionadas para conmemorar a desaparecidos o asesinados durante el terrorismo de Estado. Las baldosas se emplazan en las calles donde vivían, trabajaban, estudiaban o fueron secuestradas o asesinadas las personas homenajeadas. Son marcas de identidad situadas en el espacio ciudadano abierto, cotidiano y compartido por antonomasia: la calle. Esto habilita a que, junto al recuerdo íntimo, aparezcan reivindicaciones sociales de carácter público y diverso según la comunidad local. El recuerdo asume así un carácter plenamente territorial. Para un análisis de esta iniciativa comunitaria ver Bettanin (2014).

<sup>6</sup> Por ejemplo, la experiencia performativa *Relato Situado* propone un recorrido participativo por distintas marcas de memoria barriales y las pone en relación con fragmentos de relatos provenientes tanto de documentos (datos históricos y referencias bibliográficas) como de intervenciones de los públicos presente y los transeúntes. Cada recorrido es irrepetible y construye una interacción única, efímera y evanescente entre marca y narración. Más información [en línea](#).

No se trata, desde ya, de criterios exhaustivos ni excluyentes sino de características que aparecen combinadas entre sí en los objetos analizados, dando cuenta de la gran diversidad de modos de inscribir la memoria en el paisaje urbano. Como decía antes, más que proponer una clasificación que tienda a esencializarlos o sustancializarlos me interesa dar cuenta de las tensiones de las que participan porque considero que las elecciones en torno al cómo no son ajenas ni están desligadas de las discusiones más generales en torno al qué narrar sobre el pasado y, por ello, nos dan pistas de aspectos sustantivos que están en juego en esos trabajos de memoria.

Ahora bien, ¿a qué responde esta diversificación del “lenguaje espacial de la memoria” (Schindel, 2009) y qué se recorta como lo común y lo diverso en este “archipiélago de la memoria” (Hevia y Piper, 2012)? ¿La multiplicidad de lugares es indicio de un alto grado de elaboración social del pasado? ¿De qué modo participan en la elaboración y transmisión de las narrativas sobre él? ¿Promueven una rememoración reflexiva de los hechos que evocan o, por el contrario, la reemplazan o anulan? ¿Qué objetos, palabras y actividades predominan en ellos (y cuáles están ausentes)? ¿Cómo son homenajeadas las víctimas y cómo son representados los victimarios? ¿Cómo dialogan con otras áreas dedicadas al tema, tales como la investigación académica, los procesos judiciales, el currículo escolar? Estas son algunas de las preguntas que emergen cuando profundizamos sobre este tema. Comenzaré, entonces, por explorar cómo los lugares de memoria se han constituido en objetos de investigación académica, quiénes los han pensado y a través de qué desarrollos conceptuales. Partiendo de una revisión crítica de algunos conceptos recurrentemente usados en las investigaciones sobre esta temática, me propongo en lo que sigue de este apartado trabajar algunas de las dimensiones que se ponen en juego a la hora de construir objetos de investigación que involucran cruces diversos entre el espacio y la memoria en el campo de estudios sobre memoria social. La apuesta más general consiste en poner en relación las tensiones antes mencionadas (auténtico-artificial, emblemático-ordinario, relato fragmentado-relato integral, instituido-instituyente, permanente-efímero) con algunas de las dimensiones analíticas en juego (material, simbólica, pedagógica, política, pública).

#### 1. LOS LUGARES EN TANTO OBJETOS SIMBÓLICOS:

Un concepto recurrente en los trabajos sobre memorias espacializadas es *lieu de mémoire*, acuñado por Pierre Nora en la década de 1980 para dar cuenta de un momento específico tanto de la historia como de la historiografía francesa. Como sabemos, desde su perspectiva, los lugares de memoria, lejos de reducirse a objetos físicos, materiales y palpables, son objetos donde confluyen la historia y la memoria, objetos “en abismo” trabajados por la Historia pero sustentados, sobre todo, en y por una “voluntad de memoria”. Abarcan desde los lugares más naturales (cementeros, aniversarios, museos) hasta los más elaborados intelectualmente (como la noción de generación o de linaje) y su acento puede estar puesto en el aspecto material, funcional o simbólico. Son restos, testigos de otra época, que basculan entre la fijación de sentido y la apertura a las resignificaciones.

Ahora bien, ¿qué invita a pensar este concepto? En primer lugar, nos predispone a problematizar la dimensión simbólica de sitios, marcas, memoriales, etc., es decir, a desandar su genealogía, a reconocer su configuración histórica y las temporalidades que le son propias, a

reconstruir el proceso social a partir del cual han devenido símbolos, a caracterizar los aspectos que hacen de ellos objetos socialmente valorados para la significación y representación del pasado. Pero, además, nos invita a tratar ciertos símbolos como lugares de memoria, con las cualidades que Nora señala para estos objetos<sup>7</sup>. De hecho, su uso recurrente se asienta en esta elasticidad para abordar un abanico heterogéneo de objetos: cifras, fechas, juicios, actos conmemorativos. En este sentido, el debate que se dio a comienzos de 2017 en Argentina en torno a la cifra de desaparecidos puede constituir un indicio para la pertinencia de su tratamiento como lugar de memoria. Sin explayarme en los detalles, el embate público sobre el número de desaparecidos (“¿fueron realmente 30.000?”) no solo provino de sectores negacionistas, cómplices o artífices de los crímenes de lesa humanidad durante la última dictadura militar (1976-1983) sino que estuvo acompañado por un sector de la intelectualidad y la academia<sup>8</sup>. ¿Qué es lo que se puso en juego en la demanda de exactitud de esta cifra o, sencillamente, en la exhortación al reconocimiento de su falsedad histórica? Creemos que esta polémica devela, por un lado, el modo complejo en que memoria e Historia se entraman en la cifra, configurando un lugar de memoria en los términos de Nora. Por otro, la aspiración de exactitud y el afán por diseccionar la cifra, quitar lo que hay en ella de error, desacralizarla y devolverla al reino de lo medible, parece hablarnos de una razón científica que tolera poco y mal no sólo las ambigüedades, aperturas e imprecisiones propias de los trabajos de la memoria sino también cualquier aproximación al pasado que asuma su naturaleza estructuralmente inconclusa por el tipo mismo de crimen cometido.

Si bien resulta imprescindible recuperar esta herramienta teórica a la hora de pensar las estrategias y modos que asume la espacialización de la memoria, no es menos cierto que su uso extrapolado requiere del ejercicio de precauciones teórico-metodológicas que nos dispongan a tratarlo, más que como un mero concepto aislado, en tanto el núcleo de una perspectiva historiográfica que realza la dimensión simbólica de los objetos en estudio y se orienta hacia la reconstrucción de su formación y representación en el tiempo<sup>9</sup>. Los lugares así entendidos se constituyen en indicadores, signos, pistas cuyo estudio permite entender las maneras en que el presente piensa, siente, utiliza y reconstruye el pasado.

---

<sup>7</sup> Dice Nora, “pertenecen a dos reinos, es lo que les confiere interés pero también complejidad: simples y ambiguos, naturales y artificiales, abiertos inmediatamente a la experiencia más sensible y, al mismo tiempo, fruto de la elaboración más abstracta [...] lugares mixtos, híbridos y mutantes, íntimamente tramados de vida y de muerte, de tiempo y de eternidad, en una espiral de lo colectivo y lo individual, lo prosaico y lo sagrado, lo inmutable y lo móvil [...] si bien es cierto que la razón de ser fundamental de un lugar de memoria es detener el tiempo, bloquear el trabajo de olvido, fijar un estado de cosas, inmortalizar la muerte, materializar lo inmaterial para encerrar el máximo de sentidos en el mínimo de signos, está claro que, y es lo que los vuelve apasionantes, los lugares de memoria no viven sino por su aptitud para la metamorfosis, en el incesante resurgimiento de sus significaciones y la arborescencia imprevisible de sus ramificaciones” (Nora, 2009: 33-34).

<sup>8</sup> Ver, entre otros, [artículo en línea](#).

<sup>9</sup> El propio Nora invita a sopesar la pertinencia de extrapolarlo a otros contextos geográficos y políticos en tanto ha sido pensado y elaborado para dar cuenta de un momento biasagra de Francia, caracterizado por dicho autor por el sentimiento de pérdida, la transición de un modelo nacional a otro y la mutación de un tipo de conciencia nacional a otra. Allier (2008) realiza un riguroso estudio sobre los alcances y limitaciones del uso de este concepto para el caso de pasados recientes y violentos de América Latina y Ferrandiz (2011) hace lo propio para el caso español.

## 2. LUGARES EN TANTO OBJETOS POLÍTICOS:

En el campo de estudios sobre memoria social, hay dos conceptos pioneros y claves que han puesto el foco sobre el carácter político<sup>10</sup> de los lugares: marcas territoriales (Jelin y Langland, 2003) y territorios de la memoria (Da Silva Catela, 2001). Jelin y Langland (2003) describen las marcas territoriales como inscripciones físicas, locales y localizables sobre espacios vividos, transitados y significativos para una comunidad, resultado de procesos sociales y políticos impulsados por “emprendedores de la memoria” y atravesados tanto por luchas (a nivel de los actores, de las palabras y de los símbolos) como por las dificultades y límites en la representación del pasado. Las marcas territoriales constituyen vehículos de la memoria tanto porque soportan como porque transportan y proyectan sentidos sobre el pasado pero, a condición de tener en cuenta que la apertura semántica que las constituye las convierte simultáneamente en superficies de confrontación, de expresión de la conflictividad entre narrativas, y por ello, en indicadores del estado del debate sobre el pasado. Da Silva Catela (2001), por su parte, propone el concepto “territorios de la memoria” para dar cuenta del entretendido material e inmaterial, físico y simbólico, donde se ponen en relación las marcas de la memoria y las prácticas sociales que las producen y resignifican, configurando nuevas cartografías urbanas.

Marcas y territorios de la memoria son producidos en el marco de pugnas entre una pluralidad de actores con diversas legitimidades e intereses en juego. En ambos opera un supuesto teórico común: la idea de luchas entre memorias, que se dan tanto a nivel de las prácticas como de las narraciones o discursos sobre el pasado y que podemos dimensionar o desagregar en tres aspectos: luchas por el quién (es decir, luchas políticas entre diferentes actores sociales); luchas por las palabras (es decir, luchas semánticas, por el sentido de las palabras), luchas por los símbolos (por la apropiación de los símbolos nacionales, por ejemplo). Asimismo, el sustrato de ambos conceptos, la idea de territorio, remite a la práctica de conquista, señala la historicidad de las fronteras, y “trae la carga simbólica del límite impuesto y establecido por la política” (Besse y Varela, 2013: 259). Como vemos, se trata de conceptos que ponen el acento sobre la dimensión política –y, por tanto, conflictiva, contingente e histórica– de los modos que asume la espacialización de la memoria. Atender esta dimensión supone interrogar cómo se expresa y singulariza la politicidad en nuestro objeto de investigación, esto es, identificar los debates y controversias y exponer los argumentos, fundamentos, legitimidades y significados en juego.

## 3. LUGARES EN TANTO OBJETOS MATERIALES

Los edificios o predios que sirvieron a fines represivos y fueron escenarios de violaciones a los derechos humanos son llamados en distintas partes del mundo sitios auténticos, históricos, testimoniales, recuperados... Hay experiencias muy diversas en torno a ellos: algunos fueron tempranamente ocupados por los sobrevivientes, otros fueron demolidos, olvidados y/o

---

<sup>10</sup> Hago un uso amplio del término política. Retomando las palabras de Calveiro, aludo a “la política, en el sentido fuerte del término, en el sentido de lo colectivo, lo común y lo público; una política que no se espanta de la violencia pero que la reconoce como una dimensión que puede y debe subordinarse a los consensos tanto como sea posible” (Calveiro, 2005: 24).

resignificados en su funcionalidad. Sin duda, en estos sitios se pone en juego como en ningún otro caso la dimensión material, es decir, las ruinas, los vestigios, los restos que potencialmente pueden atestiguar lo ocurrido en ellos. Pero... ¿la materialidad habla? ¿Es testimonio *per se* de los crímenes? ¿Transmite el dolor y el sufrimiento de las víctimas? En esta tensión se juega el plus de valor que parecen portar estos sitios. Por un lado, difícilmente lo real hable a menos que se lo interroge. Son los actores sociales –individuales o colectivos– quienes, mediante sus propias prácticas, significan el mundo, constituyen objetos, semantizan espacios y, en el mismo camino, se producen a sí mismos como sujetos de conocimiento. Pero, por otro, también es cierto que son sitios que tienen mucho por decir –y dicen– si se los “invita” a hacerlo, tanto desde registros testimoniales como documentales, históricos y arqueológicos.

Fleury y Walter (2011) proponen analizar los sitios auténticos desde un modelo teórico centrado en lo que denominan “proceso social de calificación”. Este proceso involucra tres operaciones que no siguen un orden cronológico e, incluso, pueden yuxtaponerse: 1) las prácticas vinculadas a instalar una marca en un lugar (calificar), 2) las prácticas asociadas a borrar y/o desactivar esa marca (descalificar), 3) las prácticas que reinscriben la marca pero con nuevos sentidos y objetivos (recalificar)<sup>11</sup>. Se trata de prácticas atravesadas por debates, luchas y conflictos entre diferentes actores sociales, individuales y colectivos, gubernamentales y no gubernamentales que contribuyen a la construcción de estos sitios en términos simbólicos. Según los autores, las prácticas de calificación, descalificación y recalificación no se restringen a las que tienen lugar en los sitios mismos o a las que son impulsadas por los “emprendedores de la memoria” sino que incluyen otras acciones llevadas a cabo por otros actores sociales, incluso por fuera de los sitios: la producción y circulación de testimonios sobre ellos, el trabajo de los historiadores y otros investigadores sociales, la difusión en los medios de imágenes relativas a ellos, su inclusión en las guías de turismo, etc.

Una de las cuestiones distintivas de los sitios auténticos que funcionan como espacios de memoria es que poseen una carga simbólica y emotiva muy movilizante no solo para los sobrevivientes sino también para la ciudadanía en general. Entrar en ellos, transitar su materialidad, escuchar el relato de los guías, leer los testimonios de los sobrevivientes genera emociones, sensaciones y sentimientos encontrados... Angustia, incomodidad, reconocimiento, congoja, identificación, recogimiento, conmoción, comprensión. Parece haber en estos sitios un plus de sentido difícil de describir. No se sale de ellos de la misma manera en la que se entró. Sin duda, generan malestar –es lógico que lo hagan, fueron sitios de tortura y muerte–. Pero también constituyen lugares de encuentro intergeneracional, de búsqueda de información, de producción testimonial, de investigación interdisciplinaria, de narración de experiencias, de reencuentro entre compañeros... Acciones que hacen al trabajo de memoria y que involucran de un modo u otro la transmisión intra e intergeneracional. Son sitios que nos constituyen en testigos de los testigos, y, por ello, nos legan una responsabilidad sobre ese pasado.

---

<sup>11</sup> Sánchez (2017) retoma esta perspectiva de análisis para abordar el caso del edificio Diego Portales en Santiago de Chile, un edificio que pasó de ser símbolo de la Unión Popular a símbolo de la dictadura chilena. La matriz teórico conceptual con foco en los procesos de calificación, descalificación y recalificación resulta acertada para dar cuenta de los distintos momentos y capas de sentido y los debates entre los actores sociales vinculados a su construcción, apropiación y reconversión luego del punto de inflexión que significó su incendio parcial en el 2006.

#### 4. LUGARES EN TANTO OBJETOS PEDAGÓGICOS

Un lugar significativo para una generación, y proyectado como legado para el porvenir, puede cobrar nuevos sentidos para la generación siguiente. Los homenajes y reivindicaciones se modifican con el recambio generacional, que va variando los centros de interés y las preocupaciones políticas. Por eso, en los lugares se pone en juego no solo una dimensión conmemorativa (vinculada al recuerdo, el homenaje, el duelo) sino también un compromiso con la transmisión del pasado que permita tejer puentes con la reflexión sobre el presente de los derechos humanos y sus problemáticas actuales. Este “deber de memoria” es frecuentemente trabajado desde la misión pedagógica que asumen los sitios, espacios, museos. La mayoría de ellos cuenta con un área de educación que se encarga de la realización de visitas guiadas, la organización de talleres, actividades pedagógicas, capacitación docente y la elaboración de materiales didácticos para trabajar en escuelas. Transmisión, enseñanza, información, reflexión, educación, comprensión son algunas de las palabras en juego. Ahora bien, ¿cuáles son los límites y los desafíos en la transmisión del pasado reciente? ¿Puede ésta ser subsumida en las prácticas escolares de enseñanza-aprendizaje? ¿Qué queda por fuera? ¿Es enseñable la experiencia de situaciones límites? ¿Por qué, en definitiva, estos sitios deben asumir una función educativa?<sup>12</sup> Y si lo hacen, ¿cómo interactúan y dialogan con las narrativas producidas en otros ámbitos educativos como la escuela y la familia? Aquí parecen tomar relevancia el modo singular en que cada sitio trabaja sobre ese par de opuestos tan tematizado en los estudios sobre memoria: el deber de memoria y la indecibilidad de la experiencia límite.

#### 5. LUGARES EN TANTO OBJETOS PÚBLICOS

El monumento es el soporte privilegiado del tipo conmemorativo nacional, de la celebración de acontecimientos y actores fundadores de la nación y forjadores de una identidad común. Convierte a individuos, conquistas y victorias en parte de nuestra vida cotidiana, a través de los cuales nos vemos interpelados como miembros de un colectivo nacional. Si bien los monumentos han sido ampliamente criticados, algunos autores advierten una nueva cultura que los resignifica y revaloriza en tanto alternativas materiales sólidas frente a los soportes efímeros, fluidos e inmateriales de la cultura mediática contemporánea (Huysse, 2002). Sin embargo, como sabemos, la permanencia que promete la piedra, el mármol o el bronce es precaria, dado que la dimensión conflictiva de la memoria social persiste en y a pesar de ellos. Algunos serán derribados en tiempos de revoluciones o estallidos sociales, otros serán ignorados o naturalizados e incorporados a las rutinas de la vida cotidiana en las ciudades, otros se constituirán en fuentes de disputas y plataformas de intervención en las luchas por la memoria.

---

<sup>12</sup> Robin señala que “Lo que les falta a la mayoría de los museos o memoriales de narración ‘homogeneizante’ es la parte de sombra, un indecible que no se disimule detrás de lo inexplicable o lo ininteligible, sacralizando el acontecimiento. Lo que obstruye la transmisión en esos edificios oficiales es el exceso de imágenes y de explicaciones, la ilusión de una posible puesta en contacto con lo real de ese pasado, un pasado que podría hablar en su mismo horror y que, por el relato en que está inserto, podría dar una lección de moral y transmitir valores. Esos museos nos comunican información, pero tal vez no transmitan nada” (Robin, 2014: 136-140).



Haciendo extensivo el señalamiento de Young (2000) a propósito de los monumentos, decimos que las diferentes estrategias de inscripción de la memoria en el espacio urbano conjugan lo memorial y lo público. Su valor no se reduce a cuestiones de índole estética o de contenido histórico sino que radica en su “cualidad dialógica”, es decir, en su capacidad para interactuar con otros discursos y soportes de la memoria, despertar emociones y generar un impacto real en la vida de los ciudadanos. Esta dimensión pública tiene que ver, entonces, con cuánto nos permita cruzar los límites hacia otros discursos, de qué manera nos lleve a leer otros textos, cómo nos haga dialogar con otros soportes de la memoria.

Decíamos antes que los monumentos tradicionales son soportes y portadores de la memoria oficial. Pero, ¿memoria pública y memoria oficial coinciden? ¿O la memoria pública es más bien la resultante de la disputa entre la memoria oficial y otras memorias que la niegan, la contradicen, la cuestionan? Y, en ese caso, ¿de qué modo se entranan memoria oficial y memorias subalternas o contrahegemónicas en la configuración de lo público? ¿Cómo participan los lugares en esa configuración? Como sostiene Achugar (2003), al estar contruidos por los vencedores, los monumentos proyectan sombra sobre los acontecimientos y actores que los han combatido a lo largo de la Historia celebrada en y a través de ellos. Son, en muchos casos, el escenario mismo de combate por el poder de representar el pasado.<sup>13</sup> Desde este enfoque, lo público emerge, entonces, donde la creatividad social desborda la ley que, por estructura, insiste en ordenarla, regularla, normarla, legislarla. En ese desborde, en ese espacio de autonomía y de autorrepresentación de la sociedad surge lo público (Caletti, 2006). No equivale ni se reduce, entonces, a la esfera de acción estatal sino que resulta, en todo caso, del fallido acoplamiento entre la sociedad civil y el Estado.

#### ESPACIOS DE MEMORIA COMO OBJETO DE POLÍTICAS: PERSPECTIVAS TEÓRICAS

Los espacios de memoria (sea que estén emplazados en sitios auténticos o no) se han constituido en el marco de complejos procesos sociales, políticos-institucionales, jurídicos y culturales, y reconocen una serie de fenómenos que fungieron como condiciones de posibilidad: fundamentalmente la movilización sostenida de los organismos de derechos humanos y del activismo político comprometido con los pilares de memoria, verdad y justicia; pero también la incorporación de la problemática de la memoria en las agendas gubernamentales y parlamentarias, las decisiones y acciones vinculadas a la reapertura de los diferentes procesos judiciales por delitos de lesa humanidad, la producción y circulación de narrativas periodísticas, literarias, científicas, cinematográficas, entre otras. Se trata de emprendimientos que se inscriben, entonces, en procesos de larga duración en los que una diversidad de actores sociales ha impulsado distintas

---

<sup>13</sup> Uno de los casos más emblemáticos en el contexto argentino es el de los monumentos a Julio A. Roca., responsable de una de las campañas militares que hacia finales del siglo XIX “conquistó el desierto” patagónico a costa del genocidio de los pueblos originarios. Las intervenciones sobre estos monumentos tienen por efecto visibilizar lo que fue invisibilizado: el genocidio de los pueblos originarios, pero también su supervivencia y resistencia en el tiempo. Los grafitis, performance, pintadas sobre los monumentos a este “prócer nacional” constituyen momentos fugaces en los que los desplazados de la Historia arrebatan la voz al monumento (a los que hablan a través de él) para decir su propia memoria, para contar otra verdad sobre ese pasado, para dar voz a los que el monumento calló, borró, silenció. Para un análisis del debate público sobre la figura de Roca ver Lenton (2012).

estrategias para denunciar la represión, conocer la verdad, obtener justicia y promover prácticas de reparación, conmemoración y transmisión del pasado.

Para problematizar el acercamiento al tema voy a recurrir a dos conceptos clave que están en la base de mi propuesta de abordaje: memorias de la política y políticas de la memoria. Siguiendo a Rabotnikof (2007), decimos que las memorias de la política involucran las narraciones y legados provenientes del campo de la política sustentados tanto en experiencias vividas como en imágenes recibidas. No se restringen a los recuerdos de los contemporáneos sino que también abarcan las representaciones de las generaciones siguientes. Aquí se ponen en juego dos niveles de la transmisión: entre contemporáneos (de testigos a no testigos) y entre generaciones (de contemporáneos a no contemporáneos). Ahora bien, ¿qué significados se asocian al término políticas de la memoria? ¿Qué actores y qué tipos de prácticas involucran? ¿Cómo se articulan con las memorias de la política? Besse (2012) señala tres acepciones fundamentales: como procesos sociales, como acción institucional, y como revisión crítica de narraciones que crean y estabilizan sentidos sobre el pasado. Me interesa detenerme en las dos primeras.

Las políticas de la memoria entendidas como procesos sociales refieren a las controversias y debates de larga data que configuran las agendas pública y política. Aunque con protagonismo de la sociedad civil, participan de ellos todos aquellos actores sociales (individuales o colectivos) que se sientan convocados e interpelados por el pasado reciente: organismos de derechos humanos, organizaciones sociales, intelectuales, artistas, abogados, periodistas, políticos y funcionarios gubernamentales. Las prácticas son múltiples y variadas: intervenciones en el espacio urbano (conmemorativas, de denuncia, marchas, escraches, etc.), en el espacio mediático (debates televisivos, notas de opinión), en el espacio institucional (leyes, decretos, discusiones parlamentarias, comisiones por la verdad, etc.) y en el espacio jurídico (recursos de amparo, denuncias, juicios, etc.). Se trata, entonces, de un proceso en el que se superpone una multiplicidad de voces, provenientes de diferentes campos de la vida social y política, animadas por intereses disímiles y con distintas legitimidades en el espacio público.

Por otro lado, las políticas de la memoria entendidas como acción institucional refieren a los planes, programas o proyectos que encuentran vías institucionales de realización y forman parte de las agendas gubernamentales. Acá la política se entronca con la gestión. Y, si bien puede haber instancias de cogestión con organizaciones de la sociedad civil, quien las lleva adelante es, fundamentalmente, el Estado tanto a través de la fijación de los lineamientos políticos generales como de la inversión económica en infraestructura y contratación de recursos humanos.

Ahora bien, ¿cómo se relacionan ambos niveles? En principio diremos que los programas y proyectos institucionales se inscriben –emergen y se concretizan– en escenarios de debates políticos de larga data, que operan como sus condiciones de posibilidad. Se trata de una relación de texto a contexto, a condición de no olvidar que el camino es bidireccional, es decir, que el contexto hace al texto pero que el texto también crea nuevos contextos. Por ejemplo, los espacios de memoria difícilmente hubieran sido proyectados como políticas públicas –mucho menos implementados– sin la experiencia social de lucha por la memoria, la verdad y la justicia. Pero, al mismo tiempo, la hechura de estos espacios, las prácticas desarrolladas en ellos y los desafíos que

enfrentan los actores que las llevan adelante crean nuevos problemas, configuran nuevos debates, reestructuran el escenario y el campo de relaciones entre los actores intervinientes.

Las herramientas conceptuales que tomamos de Rabotnikof y Besse nos permiten proponer que: (1) las memorias de la política sobre el pasado reciente constituyen perspectivas que están presentes, operan y permiten comprender las políticas de la memoria, entre ellas, la creación de espacios de memoria. Esto significa reconocer un lugar central a las prácticas militantes, sin las cuales, nos atrevemos a afirmar, no hubieran tenido lugar tales políticas. Prácticas militantes en un doble sentido: prácticas que narran la militancia política (que la tematizan, reconstruyen y reflexionan sobre ella) pero también prácticas que militan esas narraciones (que las toman como una manera actual de intervenir en la política del presente); (2) las políticas de la memoria no se circunscriben a las políticas estatales sino que abarcan el conjunto de prácticas y discursos impulsados y desplegados en el ámbito público por distintos actores sociales: sociedad civil, Estado, academia; (3) los programas institucionales de memoria resultan de la negociación entre diferentes actores de la sociedad política y la sociedad civil y constituyen, en este sentido, indicadores de la correlación de fuerza entre dichos actores y del estado del debate en torno al pasado reciente.

Ahora bien, el desarrollo de una política de la memoria concreta involucra la puesta en marcha de una serie de operaciones de transmisión tendientes a enlazar el pasado recordado con el futuro anhelado. Pero lo que se transmite a partir de ella no será, sin embargo, el pasado a secas sino, en todo caso, una forma de aproximación a él, atravesada por memorias de la política que ponen de relieve ciertos acontecimientos e interpretaciones y desecha otros. Algunos de los aspectos conflictivos de estas políticas de la memoria –por ejemplo, la definición sobre quiénes son las víctimas– se deben a que se hallan atravesadas por las disputas de sentido propias de las distintas y variadas memorias de la política. En este sentido, las memorias de la política constituyen no sólo el fondo sobre el cual se recortan las políticas de la memoria, sino también una dimensión ineludible de ellas.

#### ESPACIOS DE MEMORIA: DEBATES Y CONTROVERSIAS

En Argentina, el proceso mediante el cual un edificio o un predio que sirvió a los fines represivos y fue escenario de las violaciones a los derechos humanos pasa a constituirse en un espacio público destinado a la rememoración de los hechos de violencia allí ocurridos, al homenaje a las víctimas y a la defensa de los derechos humanos ha sido frecuentemente calificado como un “proceso de recuperación”. Se trata de un significante que está presente en los organismos de derechos humanos desde muy temprano en sus discursos y prácticas: recuperar cuerpos, recuperar nietos, recuperar sitios. Dado que, en el caso de los sitios, el significante recuperación no se adecúa o describe estrictamente los hechos<sup>14</sup>, su uso parece hablarnos de la posición subjetiva desde la cual fue leído ese proceso por parte de los actores sociales que impulsaron la creación de esos espacios. Se trata, entonces, de una categoría nativa que nos da pistas sobre cómo fue vivenciado ese proceso por dichos actores (Messina, 2011; Feld, 2011). Se

---

<sup>14</sup> No se trata de volver a adquirir lo que antes se poseía o de volver a un estado de normalidad luego de una crisis, tal como versa la definición de “recuperación”.

abren paso, así, dos preguntas fundamentales: (1) qué es aquello que se recupera (¿un espacio físico, un terreno simbólico, un lugar enunciativo?); y (2) quién es el sujeto de esta recuperación (¿los organismos de derechos humanos, la ciudadanía en su conjunto, un Estado que intenta constituirse como reparador de esos crímenes?). Lo recuperado ciertamente pareciera exceder un espacio físico y material y proyectarse hacia un lugar simbólico y de enunciación desde el cual –aventuramos– regenerar el lazo social arrasado por el terrorismo de Estado, dar voz a los sin voz y volver a poner en práctica la política en el epicentro mismo del dispositivo represivo que fue el eje de su desestructuración.

Una pregunta que aparece con frecuencia en los debates sobre cómo intervenir estos sitios involucra el par reconstrucción-preservación: ¿reconstrucción física (total o parcial) que recree las instalaciones y los dispositivos represivos o preservación de las condiciones en las que fueron recuperados? Los argumentos en pos de la no reconstrucción física incluyen motivos políticos, jurídicos, éticos y afectivos: entre ellos, la importancia política de mostrar las huellas de los intentos de ocultamiento (que darían cuenta de la impunidad a lo largo de los años), su valor probatorio en instancias judiciales, los riesgos éticos de la escenificación (y estetización) de, por ejemplo, una sala de tortura, y las reacciones no deseadas en los visitantes, tales como la parálisis o morbosidad<sup>15</sup>.

Asimismo, hay una tensión que atraviesa estos sitios y que se proyecta en los debates en torno a cómo intervenirlos: fueron y son, a la vez, lugares de muerte y lugares de vida. Frecuentemente se escucha la consigna “donde hubo muerte, que haya vida”. Lo que quizás se está dando por sentado es que la muerte es lo propio del pasado y la vida lo propio del presente<sup>16</sup>. Pero también podríamos pensar que hay algo en las ruinas que atesoran estos sitios que sigue vivo, que nos interpela, que nos ayuda a desnaturalizar nuestra mirada, que sacude el automatismo con el que nos aproximamos al pasado y que todo eso tiene valor en y para el presente. Esos restos, junto al testimonio de los sobrevivientes, nos dan pistas para la reconstrucción de lo silenciado por los mismos represores en torno a la topografía represiva, mucho más cuando se trata de crímenes que no cesaron, que por definición se siguen cometiendo en el presente.

Ahora bien, ¿qué pasa cuando los sitios continúan siendo dependencias en actividad de las fuerzas armadas, policías u otras fuerzas de seguridad? ¿Es posible construir un espacio de memoria, de duelo y homenaje en un ámbito compartido con las instituciones responsables de los crímenes? Aquí tampoco hay una única respuesta, ni una que sea correcta. En el caso argentino, algunos actores admitían que la permanencia de las fuerzas armadas y la convivencia, aunque forzada, con ellas podrían llegar a contribuir a su democratización institucional y a la formación de sus miembros en derechos humanos. Otros, la gran mayoría, rechazaron de plano la posibilidad de fraccionar los predios y compartirlos con las instituciones responsables de los

---

<sup>15</sup> Gabi Dolff Bonekämper expone acertadamente los límites en las opciones de tratamiento de los sitios auténticos: “la didactización, la dramatización y la estetización no son igualmente deseables para los diversos actores o colectivos de memoria y tampoco son igualmente eficaces para los diversos públicos. No puede haber un discurso neutro. Y tampoco sería neutra la no intervención” (Dolff Bonekämper, 2009: 34-37).

<sup>16</sup> Parte del desafío parece ser cómo dar cuenta de que aun durante su funcionamiento como centros de tortura y asesinato albergaron vida y cómo en el presente albergan prácticas (especialmente por parte de los trabajadores, aunque no sólo) que tienen que ver con la vida, tales como comer, reír, sentir placer.

crímenes en ellos cometidos. Esto llevó a que se reclamaran los predios en su conjunto en tanto espacios de memoria, y no solo los sectores que, dentro de estos, habían funcionado como centros clandestinos de detención. Esta concepción unitaria no impidió, sin embargo, el desarrollo de áreas claramente diferenciadas en cuanto al tipo de objetos y soportes materiales, los usos sociales y las actividades desarrolladas. La noción de “trama memorial” permite analizar estos sitios desde esta concepción unitaria y a la vez sectorizada, atendiendo a la complejidad de la que forman parte según su inserción territorial, institucional y testimonial (Messina, 2011)<sup>17</sup>.

Vamos a detenernos brevemente en un punto clave que ha sido frecuentemente objeto de controversias: la relación con lo estatal. Las experiencias en distintos espacios nos hablan de posiciones que van desde la enérgica resistencia a la injerencia estatal –que incluso ha llevado al alejamiento de algunos actores sociales– hasta otras favorables a la cogestión, pasando por posiciones que reducen su rol al de ejecutor y administrador de las decisiones políticas tomadas por las organizaciones de la sociedad civil (Messina, 2016). Ahora bien, ¿constituyen opciones de orden estratégico o expresan discursos ideológicos previos? ¿Cómo se ven tensionadas por las prácticas de los actores? ¿Qué actúa como facilitador y qué como obstáculo en las experiencias concretas de cogestión entre las organizaciones de la sociedad civil y las agencias estatales? Está en juego aquí cómo es la relación con el Estado en la gestión de los espacios de la memoria.

Otra cuestión que ha sido objeto de debate está vinculada al acceso a cargos públicos de personas con trayectorias militantes dentro del campo de los derechos humanos. El punto conflictivo aquí recae en la superposición de “lugares de enunciación” vinculada al hecho de que un mismo individuo ocupe simultáneamente posiciones sociales diferentes: sobreviviente, militante de organizaciones de derechos humanos, funcionario de gobierno. Nuevamente, hay diversas posiciones: desde la hipótesis de “cooptación de los organismos” por el gobierno a través del aparato estatal, hasta las hipótesis de un “Estado ausente” o un “Estado colonizado” por los militantes de derechos humanos. Ahora bien, estas fronteras difusas entre militantes y funcionarios estatales ¿qué dinámicas de trabajo generan y cómo afectan los límites en el hacer/deshacer/rehacer en estos espacios? Pero, antes que nada... ¿Podemos sostener la existencia de lugares de enunciación “puros” que sean “contaminados” por estos actores que se reconocen en identidades múltiples? En definitiva, esta superposición (y las tensiones que de ella podrían derivarse) ¿ocurren de manera exclusiva en las políticas de la memoria o podemos pensarlas como constitutivas de toda política pública? Está en juego aquí el quiénes forman parte de ese Estado

---

<sup>17</sup> Dicha noción refiere al entramado de marcas, prácticas y actores vinculados a un sitio auténtico específico que funciona como el vértice de un complejo memorial que lo excede y contiene a la vez. Se trata de una noción que invita a identificar la ligazón del sitio analizado con otros sitios, a considerar su posición simbólica respecto de ellos, a reconocer los actores, las prácticas y los discursos involucrados, y a reconstruir las series que, juntos, conforman. En cada una de estas tramas se ponen en juego marcas, prácticas y actores que hacen a la singularidad del sitio en cuestión pero que también lo desbordan. Los sitios funcionan como vértices de un complejo memorial en el que confluyen las tramas institucionales (donde hacen serie con otros lugares de memoria que están bajo la misma órbita institucional), testimonial (donde hace serie con otros sitios relevantes en los testimonios de sobrevivientes) y territorial (donde hace serie con otros sitios y marcas locales, dando cuenta del modo en que dialoga con la comunidad local que lo contiene). En cada una de las tramas memoriales mencionadas, el sitio analizado se anuda con distintos modos de espacialización de la memoria según se privilegie su inserción político-institucional, su lugar simbólico en los relatos y narrativas de sobrevivientes, su relación con la comunidad (Messina, 2011).

que selecciona, planifica y gestiona los contenidos y formas de representación del pasado en los espacios de memoria.

Desde nuestro enfoque, más allá de las posiciones ideológicas previas sobre el Estado de los distintos colectivos sociales que participan en la coestión de los espacios (organizaciones, grupos y/u organismos), la relación con lo estatal se va configurando a partir de las opciones prácticas tomadas colectivamente en los ámbitos de discusión, decisión y gestión, en función de los márgenes de acción de los propios equipos de trabajo. En relación a la segunda cuestión, es posible cambiar el ángulo de entrada y –en vez de pensar en militantes que ahora son funcionarios o viceversa– partir de la idea de que los actores y sus posiciones se van construyendo en las prácticas hechura de estas políticas (de recuperación, de gestión, de implementación, etc.). Las políticas de la memoria producen, en este sentido, “nuevos actores estatales” en los que convergen posiciones socialmente calificadas como diferentes (de las que se esperan ciertos comportamientos, actitudes, valores, etc.) y que se hallan atravesados por múltiples determinaciones (academia, gestión, militancia, desarrollo profesional, etc.), lo cual trae nuevos desafíos a la investigación sobre estos temas.

#### REFLEXIONES FINALES

Entre la sacralización y la banalización (Todorov, 1995), entre la responsabilidad sobre el pasado y las expectativas hacia el futuro, entre el recuerdo íntimo de las víctimas y la participación de públicos diversos (barriales, escolares, estudiantiles, turísticos, militantes, etc.), los espacios de memoria involucran debates y controversias que los desafían y enriquecen a la vez. En ellos es posible reconocer diferentes experiencias en lo que hace a la gestión, las modalidades de uso y los dispositivos y soportes de representación. Los actores sociales involucrados en su construcción han atravesado los conflictos y las contingencias propias de este trabajo político y colectivo. Se trata de espacios producidos en el marco de prácticas diversas, no siempre complementarias, que a veces se yuxtaponen, otras se excluyen, se ignoran y otras veces resultan solidarias entre sí.

Ahora bien, desde esta perspectiva general de abordaje, proponemos distintas entradas analíticas al abordaje de estos objetos de estudio, organizadas según cuatro focos problemáticos fundamentales, según se priorice una u otra de las dimensiones trabajadas en este escrito:

(1) Procesos políticos de construcción: la reconstrucción genealógica de los procesos sociales, culturales e institucionales y de la trama de actores involucrados, atendiendo especialmente a los ámbitos de decisión (composición, funcionamiento, mecanismos de resolución de conflictos, etc.). Aquí toma relevancia la relación Estado-sociedad civil en la gestión y las tensiones y contradicciones que la institucionalización de la memoria pueda provocar.

(2) Prácticas sociales de utilización: el análisis de los modos en que son recibidos, apropiados y resignificados por distintos actores de la sociedad (desde los visitantes de todas las edades hasta los mismos trabajadores del sitio), atendiendo especialmente a las prácticas y actividades que se realizan en ellos y a las controversias que se generan en torno a los usos. Aquí se ponen en juego las fronteras (permeables, difusas y móviles) entre lo permitido, lo prohibido, lo tolerado y lo deseado; la convivencia entre los usos canónicos y profanos, y las disputas en torno a quién y a cómo se establecen estos límites.

(3) Estrategias de representación y transmisión: la indagación en los dispositivos de mediación memorial, teniendo en cuenta tanto las narrativas (dimensiones descriptiva y argumentativa) como los objetos y soportes materiales utilizados. Aquí toman relevancia las diferentes claves narrativas y recursos artísticos que forman parte de dichos dispositivos y las controversias éticas y estéticas que tensionan los relatos y soportes de la memoria.

(4) Producciones culturales: el estudio de los modos en que el cine, la fotografía, la literatura, el teatro, los medios de comunicación y diversas disciplinas artísticas colaboran en la construcción simbólica de los espacios de memoria e intervienen en los debates y procesos de memoria emprendidos en ellos. Aquí toma relevancia el modo en que las producciones culturales trabajan sobre la significación de los espacios, cómo los califican y/o descalifican en términos sociales, memoriales y políticos.

Luego de haber recorrido las principales coordenadas teóricas, reflexiones académicas y debates político-culturales referidos a los espacios de memoria y, para finalizar, diremos que muchos de los desafíos iniciales continúan vigentes: mantenerlos como sitios abiertos, convocantes para un público amplio, ligados al presente y a sus problemáticas. Afrontar estos desafíos implica, sin duda, que los actores sociales involucrados en su construcción, sostenimiento y crecimiento tomen decisiones que expresan posiciones políticas no sólo en torno al pasado sino fundamentalmente en torno al presente y al futuro. La conquista de este lugar enunciativo no constituye una tarea sencilla, sino que, como hemos visto, involucra tensiones, debates y controversias en torno a cómo exponer los grises, cómo transitar situaciones que se prestan a debates éticos, cómo incorporar elementos disruptivos o que generan fisuras en las narrativas establecidas, y cómo trascender su naturalización para evitar que sean normalizados, banalizados, incorporados acríticamente a las rutinas urbanas. En definitiva, el desafío continúa siendo cómo trabajar desde una mirada que se sabe parcial sin por ello alentar exclusiones o denegaciones, sabiendo, al mismo tiempo, que las memorias son plurales, colectivas, construidas, pero nunca completas. Esto es, asumiendo responsablemente la selectividad y renunciando al imperativo falaz de una memoria completa.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACHÚGAR, Hugo (2002). “El lugar de la memoria, a propósito de monumentos”. JELIN, E., LANGLAND, V. (comps.). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI: 191-214.
- AGUILERA, Carolina. “Londres 38 y Patio 29: vacíos llenos de recuerdos. La configuración de espacios de memoria a 40 años del golpe militar en Chile”. *Revista de Geografía Espacios* Vol. 36 (2013): 98-116.
- AGUILERA, Carolina. “Víctimas y mártires de la violencia política reciente en Chile. ¿Una memoria pública en disputa?”. *Revista AUS* 20 (2015): 12-19.
- ALLIER, Eugenia. “Lugar de memoria: ¿un concepto para el análisis de las luchas memoriales? El caso de Uruguay y su pasado reciente”. *Cuadernos del CLAEH* 31 (2008): 87-109.
- BETTANIN, Cristina. “Iniciativas comunitarias: las Baldosas por la Memoria en la ciudad de Buenos Aires”. *Trabajo Social* 16 (2014): 65-78.
- BESSE, Juan. “Entre dos muertes. Escansiones y silencios en las primeras narraciones historiográficas acerca del 16 de junio de 1955”. *Memória em Rede* Vol. 47 (2012): 1-21.
- BESSE, Juan y VARELA, Cecilia. “Ciudad de Buenos Aires. El 16 de junio de 1955 en dos placas: lugares, silencios e inscripciones”. *GEOUSP – espaço e tempo* 33 (2013): 254- 270.
- BIRLE, P.; CARNOVALE, V.; GRYGLEWSKI, E. y SCHINDEL, E. (eds.) (2009). *Memorias urbanas en diálogo: Berlín y Buenos Aires*. Buenos Aires: Fundación Heinrich Böll Cono Sur.
- CALETTI, Sergio. “Decir, autorrepresentación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política y comunicación”. *Versión* 17 (2006): 19-78.
- CALVEIRO, Pilar (2005). *Violencia y/o Política. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.
- COORDINACIÓN DE SITIOS DE MEMORIA (2010). *Lugares para la memoria. Seminario internacional: intercambio de experiencias de gestión de sitios y museos de memoria del holocausto y del terrorismo de estado en Argentina*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. Secretaría de Derechos Humanos.
- CORPORACIÓN PARQUE POR LA PAZ VILLA GRIMALDI (2011). *Ciudad y Memorias. Desarrollo de Sitios de Conciencia en el Chile actual*. Santiago: Fundación Heinrich Böll.
- DA SILVA CATELA, Ludmila (2001). *No habrá flores en la tumba del pasado. Reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*. La Plata: Al Margen Editora.
- DA SILVA CATELA, Ludmila. “Lo que merece ser recordado...”. Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* 2 (2014): 28-48.
- D’OTTAVIO, Adriana. “Apuntes sobre conservación material de sitios de memoria emplazados en CCDTyE de la Ciudad de Buenos Aires: desafíos y tensiones”. *Cuadernos del IDES* N° 32 (2016): 57-76.



- DOLFF BONEKÄMPER, Gabi (2009). “Topografías del recuerdo y memorias colectivas”. BIRLE, P., CARNOVALE, V., GRYGLEWSKI, E., SCHINDEL, E. (eds). *Memorias urbanas en diálogo: Berlín y Buenos Aires*. Buenos Aires: Fundación Heinrich Böll Cono Sur: 27-37.
- ESCOLAR, Cora. “Institución, Implicación, Intervención. Revisando y revisitando las categorías del Análisis Institucional”. *Acciones e Investigaciones Sociales* 28 (2010): 235-250.
- ESCOLAR, Cora y FABRI, Silvina. “La construcción del espacio social y la territorialización de la memoria: el caso del ex Centro Clandestino de Detención Mansión Seré”. *GEOUSP – Espaço e Tempo (Online)* Vol. 18 2 (2014): 446-457.
- ESCOLAR, Cora y PALACIOS, Cecilia. “Memoria y vida: reflexiones epistemológicas acerca del discurso institucionalizado de la memoria”. *Acciones e Investigaciones Sociales* 27 (2009): 55-68.
- FELD, Claudia. “ESMA, hora cero: las noticias sobre la Escuela de Mecánica de la Armada en la prensa de la transición”. *Sociohistórica* 23/24 (2008): 81-103.
- FELD, Claudia (2011). “Prólogo. La memoria en su territorio”. FLEURY, B., WALTER, J. (dirs.). *Memorias de la piedra*. Buenos Aires: Ejercitar la memoria editores: 9-17.
- FELD, Claudia. “Preservar, recuperar, ocupar. Controversias memoriales en torno a la ex-esma (1998-2013)”. *Revista Colombiana de Sociología* 40 (1) (2017): 101-131.
- FERRÁNDIZ, Francisco. “Fosas comunes, paisajes del terror”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* Vol. LXIV 1 (2009): 61-94.
- FERRÁNDIZ, Francisco (2011). “Lugares de Memoria”. ESCUDERA ALDAY, R. (coord.). *Diccionario de memoria histórica. Conceptos contra el olvido*. Madrid: Los libros de la Catarata: 27-33.
- FLEURY, Béatrice y WALTER, Jacques (dirs.) (2011). *Memorias de la piedra*. Buenos Aires: Ejercitar la memoria editores.
- FRANCO, Marina y LEVÍN, Florencia (comps.) (2007). *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- GUGLIELMUCCI, Ana (2013). *La consagración de la memoria. Una etnografía acerca de la institucionalización del recuerdo sobre crímenes del terrorismo de Estado en Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- HEVIA, Evelyn y PIPER, Isabel (2012). *Espacio y recuerdo: archipiélago de memorias en Santiago de Chile*. Santiago: Ocho Libros.
- HITE, Katherine (2013). *Política y arte de la conmemoración. Memoriales en América Latina y España*. Santiago de Chile: Mandrágora.
- HUFFSCHMID, Anne (2013). “La otra materialidad: cuerpos y memoria en la vía pública”. AGUILAR, M. A., SOTO, P. (coords.). *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales*. México: Porrúa-Universidad Autónoma Metropolitana: 111-136.
- HUFFSCHMID, Anne y DURÁN, Valeria (coords.) (2012). *Topografías conflictivas: memorias, espacios y ciudades en disputa*. Buenos Aires: Trilce.

- HUYSEN, Andreas (2002). “Escapar de la amnesia: los museos como medio de masas”. *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México DF: Fondo de Cultura Económica: 41-74.
- JELIN, Elizabeth y LANGLAND, Victoria (comps.) (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- KURI PINEDA, Edith. “La construcción social de la memoria en el espacio: una aproximación sociológica”. *Península* Vol. XII 1 (2017): 9-30.
- LENTON, Diana (2012). “Próceres genocidas. Una indagación en el debate público sobre la figura de Julio A. Roca y la Campaña del Desierto”. HUFFSCHMID, A., DURÁN, V. (coords.). *Topografías conflictivas: memorias, espacios y ciudades en disputa*. Buenos Aires: Trilce: 243-263.
- LÓPEZ, Loreto (2013). *Lugares de memoria de la represión. Contrapunto entre dos ex centros de detención recuperados en Chile y Argentina: Villa Grimaldi y el Olimpo*. Tesis de Maestría. Universidad de Chile.
- MEMORIA ABIERTA (2009). *Memorias en la ciudad. Señales del Terrorismo de Estado en Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.
- MESSINA, Luciana. “El ex centro clandestino de detención ‘Olimpo’ como dispositivo de memoria: reflexiones sobre las marcas territoriales y sus usos”. *Aletheia* Vol. 2 3 (2011): 1-25.
- MESSINA, Luciana. “Reflexiones sobre la articulación estado-sociedad civil en las políticas de la memoria en Argentina”. *Memória em Rede* Vol. 8 15 (2016): 109-136.
- MOMBELLO, Laura (2003). “Neuquén, la memoria peregrina”. JELIN, E., LANGLAND, V. (comps.). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI: 149-163.
- NORA, Pierre [1984] (2009) “Entre historia y memoria. La problemática de los lugares”. *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce: 19-39.
- PIPER, Isabel. “Espacios y narrativas: construcciones del pasado reciente en el Chile de la posdictadura”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* N° 2 (2014): 48-65.
- RABOTNIKOF, Nora (2007). “Memoria y política a treinta años del golpe”. LIDA, Clara E., CRESPO, Horacio y YANKELEVICH, Pablo (comps.). *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. México DF: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos: 259-284.
- SÁNCHEZ, Elías (2017). *Juicio al edificio Diego Portales ¿Salvarlo o reemplazarlo? Incendio y reconversión del Centro Cultural Gabriela Mistral (2006-2010) como huellas del pasado reciente en Santiago de Chile*. Tesis de Maestría. Universidad Nacional de La Plata.
- SEPÚLVEDA, Mauricio; SEPÚLVEDA, Andrea; PIPER, Isabel y TRONCOSO, Lelya “Lugares de memoria y agenciamientos generacionales: lugar, espacio y experiencia”. *Última década* 42 (2015): 93-113.
- SCHINDEL, Estela. “Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano”. *Política y Cultura* 31 (2009): 65-87.

- SCHINDEL, Estela y COLOMBO, Pamela (2014). *Space and the memories of violence: landscapes of erasure, disappearance and exception*. Londres: Palgrave Mc Millan.
- TAYLOR, Diana. “Villa Grimaldi”. *TypeFold.com* (2015).
- RED FEDERAL DE SITIOS DE MEMORIA, (2009). *Sitios de memoria: experiencia y desafíos. Cuaderno 1*. Buenos Aires: Secretaría de Derechos Humanos, Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos.
- RED FEDERAL DE SITIOS DE MEMORIA, (2011). *Sitios de memoria: experiencia y desafíos. Cuaderno 2*. Buenos Aires: Secretaría de Derechos Humanos, Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos.
- ROBIN, Régine. “Sitios de memoria e intercambios de lugares”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* Vol. 1 2 (2014): 122-145.
- TODOROV, Tzvetan (1995). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós Asterisco.
- VECCHIOLLI, Virginia. “La monumentalización de la ciudad: los sitios de memoria como espacios de intervención experta de los hacedores de ciudad”. *Revista Estudios sociales contemporáneos* 10 (2014): 33 - 44.
- VINYES, Ricard. “‘Hacer las paces’. Sobre símbolos y monumentos: la construcción del museo sincrético”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* 2 (2014): 28-48.
- YOUNG, James. “Cuando las piedras hablan”. *Puentes* 1 (2000): 80-93.